

Lección Inaugural del Curso Académico 2010-2011
pronunciada por el Profesor Dr. D. José María Mínguez,
Catedrático de Historia Medieval
de la Universidad de Salamanca,
en el solemne Acto Académico celebrado
el día 16 de septiembre de 2010
presidido por el Sr. Rector Magnífico
D. Daniel Hernández Ruipérez.

JOSÉ MARÍA MÍNGUEZ

La historia y el historiador ante la sociedad



VNiVERSiDAD
D SALAMANCA

«Érase que se era, encaramadas en las escarpaduras de sus colinas y perdidas por los marjales del Tíber, un grupo de pobres aldeas...». No, no es un cuento infantil. Es el inicio de la ya antigua, pero apasionante *Nueva Historia de Roma* de Leon Homo. Como recurso literario es de una eficacia plena; el lector, que busca una información rigurosa sobre uno de los periodos más apasionantes de la historia occidental, se ve inopinadamente trasladado al mundo feliz de los cuentos y las historias infantiles; y con ello remueve viejas y apacibles, casi olvidadas, experiencias que laten en el subconsciente y que excitan en el lector una curiosidad irreprimible para penetrar en el meollo de la historia que va a desarrollar.

Acierta el autor plenamente al establecer esa relación subliminal de la Historia

con esas historias que no podemos por menos de asociar a una etapa de felicidad y despreocupación. ¿Será ésta la razón por la que, si hemos de creer a las encuestas, la curiosidad por la historia y la demanda de lecturas históricas está en pleno crecimiento? Es un fenómeno que tiene una cara positiva en la medida en que refleja el interés que el pasado suscita en nuestra sociedad. Pero también entraña serios peligros, ya que en la mente del lector tienden a mezclarse en un *totum revolutum* la historia científica, la historia meramente narrativa y la novela histórica.

Por ello, me ha parecido oportuno hablar en esta Lección Inaugural de una Historia despojada ya de la inocencia de la primera infancia, de la historia que corresponde a una sociedad cada vez mejor informada y más madura, en definitiva de una Historia científica; y, como corolario ineludible, de la formación en el oficio de historiador y del papel de éste en la sociedad.

Si antes he aludido al peligro que encierra esa creciente demanda de lecturas históricas es porque la Historia –la Historia científica, quiero decir– y, en general las Humanidades, se encuentran en un momento muy delicado al chocar con una mentalidad social que en la vida práctica tiende a olvidar, a ignorar, incluso a menospreciar la ciencia y la investigación básicas. La investigación en ciencias experimentales parece no necesitar de ningún tipo de justificación teórica; se justifica por sí misma, porque sus hallazgos tienen aplicación práctica inmediata y satisfacen la búsqueda constante del bienestar material, tendencia que, a su vez, en un bucle perfecto, está incentivada por el constante avance tecnológico. Pero el caso de las Humanidades y, por tanto, de la Historia, es bien distinto. Los resultados de la investigación no se traducen en una mejora inmediata de la vida material, lo que de alguna forma explica que en muchos ambientes esta actividad científica no pase de considerarse como un espacio reservado para

ratos de ocio de cierta elite intelectual. Alguna responsabilidad tiene en la difusión de esta mentalidad la propia Administración. Aunque es cierto que el impulso de la investigación como vía necesaria para el progreso y el crecimiento es absolutamente necesario, la fórmula que compendia esta actividad, la I+D+i, deja abierta la puerta a un ambiguo y soterrado mensaje de identificación exclusivista entre investigación y tecnología y, consiguientemente, de prioridad absoluta de la investigación tecnológica sobre la investigación básica y sobre la cultura.

Sin embargo el historiador, como intelectual involucrado y comprometido con la sociedad, no puede renunciar a la función que le otorga el conocimiento científico del pasado de la sociedad; un conocimiento y una función que le convierten en uno de los pilares básicos en la formación integral de una buena parte de los ciudadanos de a pie y de los futuros dirigentes del país.

Me van a permitir Uds., antes de nada, una pequeña introducción que, por excesivamente personalista, puede resultar atípica en un acto de estas características. Pero si en esta Lección Inaugural pretendo ilustrar la trascendencia de la posición y de la acción del historiador en nuestra sociedad, es una cuestión de coherencia que tome como punto de partida mi propia pequeña historia; primero porque es una experiencia similar a la que hemos tenido la mayor parte de cuantos nos hemos formado en esta Universidad en el oficio de historiar. Y, además, porque al abordar estos temas, es preciso tributar un merecido homenaje a aquellos que nos han legado una rica herencia que nosotros, a su vez, debemos mantener, incrementar y transmitir.

La riqueza de esta herencia no puede por menos de generar un profundo sentimiento de deuda y de gratitud a esta Universidad; deuda que quiero concretar en tres maestros que nos guiaron por estos claustros, nos infundieron confianza y afirmaron nuestra vocación.

A través de sus inmensas clases de Geografía, también de humanidad –¿quién dijo que las clases magistrales son superfluas?–, a través de una ayuda desinteresada en momentos claves de mi investigación, Ángel Cabo me enseñó a amar el espacio, a comprender su substancialidad con las transformaciones sociales y, por ello, a entender la Historia en una dimensión totalizadora. ¡Cuánto echo de menos profesores como él, que con su carga de humanidad podían ejercer su magisterio en un contexto muy distinto y muy ajeno al actual encapsulamiento que ha levantado muros infranqueables entre disciplinas que son la esencia del verdadero humanismo; muros que frustran la posibilidad de comprensión de las grandes áreas temáticas donde actúa y se desarrolla lo más específico del ser humano.

Un segundo nombre, Marcelo Vigil; un paradigma de lo que a partir de la década de los setenta del siglo XX sería la renovación más sólida y trascendental de la historiografía altomedieval. No fue profesor

mío, pero siempre actuó como un maestro cercano, dotado de una enorme comprensión y de un sano escepticismo intelectual consigo mismo. Novel yo en tareas de investigación, sabio él en plena madurez, nunca desdeñó un espacio de conversación para comentar, matizar o pulir hipótesis que iban surgiendo en el curso de mi trabajo. No sólo escuchaba, sino que me animaba siempre a proseguir un camino personal, coherente con mis reflexiones desde la honestidad intelectual y la sinceridad conmigo mismo. Más de una vez, cuando en virtud de estos principios he tenido que mostrar algún tipo de desacuerdo con sus formulaciones, he encontrado en aquellas palabras el mejor de los alicientes.

He dejado para el final la referencia a un maestro directo y, además, amigo entrañable: José-Luis Martín; sobre todo, amigo; porque sin esa amistad que él me brindó el magisterio habría quedado de alguna forma amputado. Llegó o, mejor dicho, retornó a Salamanca como Catedrático siendo

aún casi tan joven como sus alumnos. Con su cercanía en el trato, con su ideología progresista sin rubor y sin falsa ostentación, con su forma de enseñar y de abrir horizontes en un momento en que la represión política se empeñaba en cerrarlos y en taponar las fisuras del franquismo, rompió muchos de los esquemas de comportamiento ya anquilosados. El insólito talante de este joven profesor no podía por menos de provocar reacciones encontradas: resistencia numantina entre los que se hallaban instalados en sus pequeñas parcelas de poder; agrupamiento en su entorno de la inmensa mayoría de sus alumnos que sintieron en su proximidad una brisa de aire fresco, de libertad, también de rigor intelectual. Y en este marco de vocación por el trabajo y de relaciones humanas se fue consolidando la exigencia del trabajo bien hecho, el espíritu crítico y la sana independencia que rehúye una falaz identificación entre la admiración al maestro y el seguidismo acrítico.

Ésta es la herencia que una larga serie de promociones hemos recibido de nuestros maestros. Y el transmitir esta herencia a nuestros alumnos y discípulos es la responsabilidad que ellos nos encomendaron con su ejemplo; tanto a mí como a otros compañeros de trabajos y esperanzas –alguno, Ángel Barrios, tristemente desaparecido y para el que en esta ocasión no puedo por menos de tener un recuerdo especial y cariñoso–. Fue en el marco del antiguo Departamento de Historia Medieval donde se aglutinó un equipo que desde estas premisas de amor al trabajo y humildad intelectual emprendió una vía de renovación historiográfica que ha abierto nuevos horizontes a la interpretación de nuestra Historia Medieval. Por estos derroteros hemos transitado un grupo homogéneo en sus bases teóricas y metodológicas, aunque diverso en sus reflexiones personales. Por ellos transitan ahora otros jóvenes investigadores desbrozando nuevos terrenos, alisando los obstáculos que nosotros no pudimos o no supimos des-

montar, siempre con la mirada del espíritu abierta a nuevas reflexiones y nuevos planteamientos y a los retos constantes que impone la comprensión e interpretación de los complejos mecanismos de las sociedades humanas.

Es una realidad, quizás más perceptible hoy en día que hace décadas, el escepticismo con que algunos científicos se remiten a la ciencia y a la investigación históricas. En general estos escépticos proceden del campo de las «verdaderas ciencias», siguiendo la calificación acuñada en su día por Levi-Strauss y sus epígonos allá por los años sesenta del siglo pasado: la física, la matemática, la astronomía, las ciencias experimentales en general, capaces de formular leyes. Desde entonces se ha reflexionado mucho y se ha avanzado mucho en la comprensión tanto de las ciencias humanas y, particularmente, de la Historia, como de las ciencias experimentales. Por eso no deja de sorprender que todavía, a estas alturas, asome ese rictus de escepticismo en el rostro de algunos investigadores pro-

cedentes del campo de estas últimas. Las manifestaciones de algunos de ellos, no exentos ciertamente de prestigio en su campo, pronunciadas en foros de investigadores donde precisamente se analizaban los criterios fundamentales que deberían primar en la evaluación de los Proyectos de Investigación, han generado en mí y en otros colegas esta inquietante sensación.

Para estos intelectuales el cientificismo o la trascendencia de las distintas disciplinas se cifra –siempre en detrimento de las Ciencias Humanas– en la mayor o menor dificultad para la comprensión de específicas categorías conceptuales y metodológicas; dificultad que ellos mismo establecen desde planteamientos condicionados por una excesiva autoestima, cuando no por la ignorancia de las demás ciencias. Su número no es preocupante en el conjunto de cuantos nos dedicamos a la investigación y a la formación de nuevos científicos. Pero sí que es un problema nada despreciable porque, por una parte, ejercen una enorme influencia en la propia Administración; y bajo esta

influencia se están introduciendo en la evaluación de la actividad investigadora una serie de criterios que son específicos de las ciencias experimentales, pero poco o nada apropiados para valorar la calidad y el impacto social de la investigación en las ciencias humanas. Pero lo más preocupante de estas actitudes es que recogen y alientan una sensibilidad inscrita en extensos estratos de una sociedad cuya preocupación prioritaria es el desarrollo y el bienestar materiales; son extensos estratos sociales que generan una demanda creciente de nuevas tecnologías y que, por ello, son sumamente sensibles a la estrecha asociación entre la tecnología demandada y las ciencias experimentales. Y a partir de esta mentalidad es fácil comprender la creciente desvirtuación o trivialización de los valores de la cultura y de la ciencia e investigación básicas.

Parece ser que los escépticos respecto de la Historia, y de las Humanidades en general, no se han planteado en serio hasta qué punto ha sido esencial en el desarro-

llo de nuestra próspera sociedad occidental la inmensa cadena de aportaciones de pensadores como Aristóteles, Platón, Agustín de Hipona, Tomás de Aquino, Descartes, Maquiavelo, Montesquieu, Voltaire, Hegel, Marx; figuras también de humanistas y artistas desde Fidias, Horacio, Virgilio, pasando por Miguel Ángel, Velázquez, Shakespeare, Cervantes, Fray Luis, hasta Mozart, Bartok, Picaso, etc. etc. etc. Sin las aportaciones de estos y de tantos otros creadores dedicados a pensar, a producir conocimiento que no tiene aplicaciones materiales inmediatas ¿qué sería nuestra tecnológica civilización occidental? ¿Se atrevería alguno de esos descreídos a negar a estas figuras un papel en el desarrollo de las sociedades humanas tan decisivo y determinante al menos como el de Kopernico, Galileo, Newton, Curie, Bohr, Cajal, Ochoa, Einstein o Planck?

No está de más advertir que las biografías de muchos de estos representantes de las más altas realizaciones en ciencias experimentales atestiguan también un eleva-

do grado de conjunción entre su dedicación a la investigación experimental y unas preocupaciones humanísticas propias de un espíritu superior. Y es que cuando la inteligencia del hombre alcanza cotas superiores de desarrollo la distinción entre ciencia experimental y humanismo se diluye, porque por encima de esas distinciones se sitúa la capacidad humana de reflexión, raciocinio, análisis y crítica. La utilidad analítica que estas distinciones comportan no puede trasladarse al ámbito general de la comprensión científica, ni utilizarse como coartada para una radical contraposición entre ciencia y Humanidades o entre ciencia e Historia.

Por ello, la síntesis entre ciencias experimentales y ciencias humanas no es ninguna paradoja. De hecho el progresivo avance en el descubrimiento o reinterpretación de las leyes físicas, así como el espectacular desarrollo de la tecnología y de sus aplicaciones prácticas sólo es posible desde la inteligencia razonadora del hombre. Y es esta misma inteligencia la que ge-

nera la necesidad de conocer e interpretar la historia del hombre y de la sociedad humana, de descubrir la lógica de los comportamientos sociales y la racionalidad que preside las transformaciones de las sociedades. Es esta racionalidad interna de los comportamientos y de las transformaciones sociales el objetivo último y prioritario de la Historia y el definidor de su naturaleza científica. Racionalidad, sobre todo, aunque no sea susceptible de cuantificación, de reducción a ecuaciones matemáticas o leyes físicas. Negar naturaleza científica a la Historia sería admitir el sinsentido de que al conocimiento del hombre, ser esencialmente inteligente, le está vedado el conocimiento científico de sí mismo que ya en su día Sócrates planteó como el objeto primordial de conocimiento.

Antes me he referido a Descartes como uno de los activos más importantes de la civilización occidental; su famoso *cogito ergo sum* es el silogismo más conocido, aparte de ser una de las sentencias más

profundas que se han formulado en la historia de la Filosofía: «Pienso, luego existo»; existo, claro está, como ser humano, como perteneciente a la única especie capaz de pensar y de ser consciente de su propia existencia. ¿Y qué es la existencia del hombre sino un largo transcurso desde el nacimiento hasta su extinción? ¿Y qué es la existencia de la especie humana sino un consciente éxodo a través del tiempo y a través de continuas transformaciones y en medio de complejas relaciones sociales? En definitiva, tanto a nivel individual, como social, la existencia del ser pensante se define por la consciencia de su historia individual y social. Y por eso, el silogismo cartesiano se convierte en una profunda justificación del carácter superior de la Historia entendida como un intento de comprensión de la racionalidad en que está inmerso el decurso de las sociedades humanas. Una racionalidad que es producto del pensamiento histórico, el único capaz de racionalizar ese decurso.

Si nos detuviésemos a analizar cada una de nuestras reflexiones, cada una de nuestras decisiones de carácter particular o con proyección hacia el grupo detectaríamos, no sin sorpresa, la presencia y la influencia constantes en el fondo de nuestra conciencia de referentes históricos de muy diversa naturaleza, individuales o colectivos, lejanos o próximos en el tiempo; referentes que arrojan luz sobre nuestras reflexiones y que de forma sutil condicionan nuestro pensamiento y nuestro proceder. Esta presencia constante es la afloración inevitable de la naturaleza profunda del *homo historicus*, del individuo dotado de una inteligencia que no le permite conocer el futuro, que opera siempre sustentándose en su experiencia, en el conocimiento del pasado sobre el que formaliza el pensamiento científico. El devenir histórico está en la base de la ubicación y auto-aceptación del individuo en el espacio/ tiempo, sobre él se conforma la experiencia y su transmisión en el grupo y en el tiempo. En definitiva el devenir histórico es el fundamento de la

sociabilidad positiva sobre la que se construye el desarrollo intelectual. Por ello la conciencia histórica es tan importante para el desarrollo humano como el instrumento lingüístico, tan formativa como el pensamiento numérico o matemático; pero, por encima de estas ciencias, sólo la conciencia histórica es capaz de generar la necesidad de explicar racionalmente el pasado; sólo el pensamiento histórico es capaz de fijar secuencias y cesuras y jerarquizar procesos o acontecimientos según su importancia o impacto social y en función de complejas valoraciones condicionadas en gran medida por la experiencia histórica del sujeto.

Y aquí es donde la ciencia histórica debe enfrentarse al reto superior de la inteligencia; reto solamente comprensible a partir de la consideración del incontable número de variables que intervienen en el proceder humano individual y de grupo y, por tanto, en el análisis y racionalización de los comportamientos de los grupos sociales. Este objetivo, que es inalcanzable

en su dimensión total, es el que otorga a la ciencia histórica su carácter específico y una complejidad y dificultad objetivas que no tienen parangón en ninguna de las ciencias aplicadas.

Pero también es esta su debilidad. Es preciso reconocer que la tremenda dificultad a la que se enfrentan estos análisis ha generado en no pocos historiadores un desánimo que les ha llevado a dudar o negar el carácter científico de la historia o, según los planteamientos de un prestigioso hispanista, como Pierre Chaunu, a reducirla al análisis e interpretación de series cuantitativas. De nuevo la sombra de la cuantificación y, su hermana gemela, la experimentación, aparecen condicionando a la Historia, como si sólo pudiese ser objeto científico aquello que es cuantificable y experimentable. Ciertamente, la investigación histórica no se puede afirmar sobre la experimentación en laboratorio. Tampoco tiene como atributo la facultad de predicción de determinados acontecimientos, como tiene la astronomía. Pero

en este aspecto nos encontramos en el mismo territorio que muchas otras ciencias. Precisamente es el avance del conocimiento científico el que ha venido a matizar las pretensiones predictivas de muchas de las ciencias experimentales. Y, ¿qué decir de la Economía? A medio camino entre la Historia y las ciencias experimentales, comparte un amplio espacio con la Historia ya que es en la observación histórica donde pretende establecer leyes y comprobar su operatividad. Su problema es que al manejar materia histórica y al tratar de establecer mediante leyes la regularidad de los comportamientos de grupos humanos, debe enfrentarse, lo mismo que la Historia, a una suma inabarcable de condicionamientos y factores que inciden en esos comportamientos; por lo que el fracaso de las leyes económicas es inherente a la naturaleza misma de esas pretendidas leyes. En otro orden de cosas, el espectacular avance de las ciencias biomédicas no ha impedido que sus profesionales tengan que enfrentarse con frecuencia a las misteriosas dife-

rencias observadas en la reacción de distintos organismo humanos ante estímulos prácticamente idénticos.

No, no es en una imposible equiparación a las ciencias experimentales donde la Historia encuentra su razón científica. Mucho menos en la impropia llamada historia narrativa; la narración lineal de acontecimientos singulares, sea de carácter político, militar, social, económico, cultural, mental, etc. no explica nada; la propia historia de la historiografía ha desmontado las pretensiones historicistas de finales del siglo XIX con su concepción de la historia como una explicación limitada al acontecimiento singular, al acontecimiento que debe ser narrado *wie es eigentlich gewesen*, utilizando la famosa expresión de Theodor Ranke. Incluso cuando se pretende establecer una supuesta concatenación causal entre los hechos producidos por la acción humana, la explicación resulta insuficiente, cuando no tautológica. El fracaso del positivismo fue en su día una severa lección para el historiador, no siempre bien aprendida. Si la Historia merece la

consideración de ciencia es porque se sustenta sobre sólidos fundamentos racionales; es porque ha encontrado, sobre todo a partir de los planteamientos metodológicos del materialismo histórico, una vía de aproximación al pasado capaz de desvelar desde la dialéctica la coherencia interna de las estructuras de las sociedades y la racionalidad y la lógica interna de las transformaciones pluriseculares.

He aquí el punto neurálgico de la ciencia histórica. Porque la evolución de la sociedad no se opera ni a través de acontecimientos aleatorios, ni por condicionamientos o determinismos providencialistas, ni por la acción de determinados individuos, ni siquiera, como ya he indicado, por una cadena de concatenaciones causales. No es la lógica de la causalidad la que explica el acontecer; es la lógica de la dialéctica presente en cualquier decisión humana la que proporciona una metodología eficaz para explicar racionalmente la evolución de las sociedades.

Incluso historias más ambiciosas, pero abstraídas de la realidad social, como se

ha pretendido o se sigue en ocasiones pretendiendo, fracasan en la explicación última; me refiero a la historia de las mentalidades tal como se planteó con alguna frecuencia en sus orígenes e incluso en etapas avanzadas; o la más reciente versión de la historia social, como es la historia basada en las identidades culturales; incluso la historia de la cultura, del arte, etc. Todas ellas aportan materiales valiosos, a veces imprescindibles, para la construcción del edificio histórico, porque son producto de la acción del hombre en sociedad. Pero tras el elevado interés histórico de cada uno de estos ámbitos de estudio se esconde, a veces, la tentación de hacer de cada uno de ellos un objeto compartimentado, estudiando su desarrollo desde una perspectiva inmanente, como un proceso desarraigado del resto de las actividades del hombre, del medio social o del tiempo histórico en que ese acontecimiento o ese proceso ha tenido lugar; peligro del que ya nos alertó hace seis décadas Arnold Hauser en

su magnífica *Historia social de la Literatura y el Arte*.

Insisto en estas tres vertientes que definen la especificidad de la historia científica: el hombre, en sociedad y en el tiempo. Porque son estas tres vertientes metodológicas las que establecen, como ya he afirmado anteriormente, la diferencia –la primacía, me atrevería a decir– de la Historia en el conjunto de las Ciencias Sociales y Humanas y de las demás ciencias.

E insisto en estas ideas porque aquí se plantea la paradoja entre hombre individual y hombre en sociedad. Paradoja nada más que aparente ya que la sociedad no puede ser objeto de un tratamiento abstracto como un ente con vida propia susceptible de una investigación totalizadora abstraída de sus componentes esenciales: los hombres individualmente considerados.

Aunque alejado por mi ideología y, consiguientemente, por mis planteamientos metodológicos, de la enorme figura de Fernand Braudel, no puedo por menos de es-

tar completamente de acuerdo con él cuando, al plantear el papel del individuo y de la sociedad en la investigación histórica, escribe:

«Nosotros, hombres modernos, vamos siendo cada vez más sensibles a la presencia de fuerzas de masa... Los problemas humanos, considerados en masa son sin duda diferentes, pero no por ello dejan de ser humanos, es decir, complejos y con raíces que se internan en las profundidades todavía oscuras de la biología. Además, esta visión ampliada de las experiencias humanas cuyos elementos no son ya los hombres, sino los grupos de hombres, no destruye, ni mucho menos, el papel del individuo; éste puede llegar a desempeñar un papel semejante al de los catalizadores en ciertas manipulaciones químicas y antojársenos, según los casos, como algo ínfimo o como algo magníficamente esencial»¹.

1 Fernand BRAUDEL, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, Madrid 1976, II, pp. 348-349.

Es decir, la Historia debe ser una ciencia social, más que individual; lo que no implica excluir de su observación al individuo; muy al contrario, es sumergirlo en su medio natural, en el que desarrolla sus aptitudes y despliega sus actividades; en el que va configurando su propia personalidad en la relación con el resto de los integrantes del grupo y con el medio físico, a través de su producción material, intelectual, artística, espiritual. Pero siempre el hombre como objeto prioritario y como un haz complejísimo de lazos que le vinculan con el medio físico y social absolutamente indispensable para su desarrollo. Por eso no es posible hacer la Historia, pensar la Historia, sino desde un humanismo fundamental.

Quizás parezca elemental afirmar que sólo desde un espíritu impregnado de humanismo se puede acceder al conocimiento del hombre en su triple dimensión individual, social y temporal. Y sin embargo aquí radica uno de los retos más comprometidos y exigentes –a veces una de las

más severas limitaciones— al que nos enfrentamos los historiadores. Porque a este humanismo tan fácil de predicar sólo se accede a través de una reflexión impregnada de preocupación por el hombre y por las sociedades que el hombre ha conformado en las distintas épocas.

Sin embargo, no es infrecuente que en el hacer cotidiano de nuestra investigación se produzca una casi insensible derivación en los objetivos. En esta derivación, los documentos o el registro arqueológico comienzan a invadir el territorio del hombre y a erigirse en objetos científicos en sí mismos, lo que implicaría desplazar del centro focal al hombre real que ha producido esos registros; un desplazamiento del centro de interés que nos incapacitaría para establecer una conexión vital con las preocupaciones de los hombres actuales. La desviación del centro de interés impediría al historiador la comprensión en su interioridad de la sociedad en la que él mismo vive y que en las preocupaciones y anhelos de los hombres

que la integran es la portadora de la herencia de todos aquellos que décadas o siglos antes vivieron preocupaciones parecidas y nos legaron los vestigios que los historiadores tratamos de interpretar, de comprender y de explicar. Cuando se produce un desenfoco en los objetivos de la investigación histórica entramos en una rampa que nos conduce a una actitud de deslealtad a la propia sociedad en que vivimos, que es la que ha puesto a nuestra disposición los medios para una formación intelectual superior y que tiene derecho a esperar de nosotros una actitud de guía y colaboración constructiva.

Y entramos con ello en el ámbito más importante de la actividad del historiador. Esta tarea de guía y colaboración es propia y primordial de todo intelectual. Pero permítanme reivindicar para el historiador en esta función un papel de particular preeminencia, también de exigente responsabilidad. Desde el observatorio privilegiado en que se encuentra, desde el conocimiento de las claves elementales para

la interpretación del comportamiento de las sociedades pretéritas y, al mismo tiempo, desde su inserción preocupada en la sociedad en que vive, el historiador no sólo está legitimado para realizar un análisis particularmente certero de la sociedad actual, sino que cuenta con medios de intervención en ella tan poderosos que una utilización irresponsable de los mismos puede arrastrar graves consecuencias.

Los que desde una postura de superioridad menosprecian la ciencia histórica y la tildan de inútil socialmente deberían reflexionar por qué la Historia es con tanta frecuencia objeto de manipulaciones capaces de generar movimientos sociales de gran magnitud y que en ocasiones pueden incluso provocar consecuencias gravísimas para las sociedades. Qué duda cabe de que la constante manipulación de que es objeto es la prueba de la fuerza con que la propia Historia impacta en la mentalidad colectiva del *homo historicus* y de que utilizando la capacidad movilizadora del pasado se puede arrastrar a las masas a

determinadas actitudes y se puede afirmar una ficticia legitimación de determinados y no siempre legítimos intereses.

Es por ello necesario denunciar la constante manipulación distorsionadora del pasado; es decir, la consciente alteración o interpretación de hechos o procesos para fundamentar posiciones de poder y privilegio alterando la visión de la racionalidad histórica y supeditando la comprensión de esta racionalidad a los intereses individuales o de grupo. Son acciones que no por frecuentes dejan de poseer todos los componentes de una verdadera agresión a la naturaleza profunda del *homo historicus* y una profanación de la vida y de las acciones de los hombres del pasado que con sus alegrías o su dolor, en circunstancias favorable o terriblemente ingratas fueron construyendo y transmitiendo la herencia de la que nosotros disfrutamos. Y cuando la manipulación de la Historia se realiza en el propio taller del historiador éste se convierte en un mercenario de su ciencia.

Cuando hablo de manipulaciones no estoy refiriéndome a la diversidad de interpretaciones históricas que son producto del posicionamiento ideológico del historiador, siempre legítimo cuando es asumido desde la racionalidad y desde la honestidad científica.

Ni que decir tiene que la manipulación de la Historia no es exclusiva de nuestro tiempo; pero ahora la difusión de poderosos medios de comunicación de masas la han convertido en un instrumento potencialmente demoledor. En este punto los historiadores del pasado no tenían una responsabilidad equiparable a la de los actuales. El grado de conocimiento del pasado, la afinación de los instrumentos metodológicos de análisis e interpretación, la precisa definición teórica de la historia como ciencia que busca una explicación racional, establecen diferencias radicales entre el historiador actual y el cronista de época medieval y moderna; diferencias incluso respecto de los grandes historiadores clásicos, como Herodoto, Tucídides, Salus-

tio, Tácito, Tito Livio, por citar sólo algunos. Se exige ahora al historiador un rigor al que eran ajenos los historiadores o cronistas del pasado. Es por lo que la manipulación histórica en la actualidad es, desde el punto de vista científico, tanto más grave y mendaz cuanto que es más consciente de sí misma y por lo mismo, más culpable. Perversos desde el punto de vista de la ética y de la honestidad estrictamente científica, los efectos en los comportamientos sociales no tienen por qué revestir siempre la misma gravedad, aunque tampoco se puede decir que sean neutros.

Por no salirme del ámbito del medievalismo al que me debo, me referiré en primer lugar a una manipulación cuyos efectos todavía se han hecho notar en tiempos no muy lejanos. Me refiero a la inmensa distorsión oculta bajo la categoría de Reconquista. Allá, por los años ochenta del siglo IX, en algún reducido círculo de la elite cultural de la pequeña corte ovetense se escribe una crónica que pretende ser la

historia del reino astur vinculándolo directamente con el reino de los godos.

Eran los tiempos en que el caudillaje astur se había transformado en una auténtica monarquía; en los que la sociedad astur se estaba dotando de instituciones políticas todavía primitivas, pero ya auténticas instituciones; eran los tiempos también en que se estaba produciendo una sorprendente expansión que en medio siglo llevó a los astures hasta las riberas del Duero integrando a las poblaciones dispersas por la cuenca. Se imponía en estas circunstancias elaborar una ideología que conformase la entidad política de la nueva monarquía; que fortaleciese su creciente poder, que legitimase ante los pobladores de la cuenca del Duero la expansión astur y la integración de sus pobladores en la estructura del nuevo reino; en fin, que colmatase de sentido político-religioso la guerra contra el Islam. Había nacido la ideología de «Reconquista». Elaborada sobre la ficción de la descendencia biológica de los primeros caudillos respecto de los reyes godos,

la lucha astur, que en sus orígenes no fue más que la manifestación del rechazo ancestral a la dominación de un poder exterior, se transformaría por efecto de la nueva ideología en una lucha por recuperar –Reconquistar– el reino a cuya pérdida habían conducido los pecados de los últimos reyes godos.

La eficacia de esta manipulación sobre la mentalidad colectiva fue tan formidable que llegó a impregnar prácticamente todos los aspectos de la actividad política, militar, artística y cultural de las sociedades del norte peninsular primero, y de prácticamente todas las sociedades peninsulares después, con efectos perceptibles hasta nuestros días. En el año 1085 la conquista de Toledo por Alfonso VI constituyó un acontecimiento emblemático con enormes repercusiones en toda Europa occidental; pero no tanto por ser la conquista del que había sido uno de los más poderosos reinos andalusíes, sino por el carácter simbólico de la caída de la antigua capital del reino godo. Un símbolo y un presagio de la inminente

recuperación completa del antiguo reino godo; anunciaba la consumación de un ideal que se había fraguado dos siglos antes y que había ido penetrando en estratos cada vez más profundos de la mentalidad colectiva y generando a su vez nuevos mitos asociados.

El neogoticismo o vinculación de la monarquía hispánica con la etapa visigoda ha transitado a lo largo de toda nuestra historia sin solución de continuidad. En el siglo xv Alonso de Cartagena y Rodrigo Sánchez de Arévalo fundamentaban en el Concilio de Basilea la preeminencia de Castilla sobre los reinos de Inglaterra y de Francia en el hecho de que la monarquía hispánica era más antigua que los otros reinos porque *desciende de los reyes de los godos*². Y, ¿por qué no recordar la proyección de esta

2 Alonso de CARTAGENA, *Rerum in Hispania Gestarum Chronicon*, llamada también *Anacephaleosis*, y Rodrigo SÁNCHEZ DE ARÉVALO, *Compendiosa Historia Hispánica*; de esta última obra se conserva en la Biblioteca General de la Universidad de Salamanca un incunable de 1470, editado en Roma por Udalricus Gallus.

ideología hasta nuestra guerra civil? Se recupera el mito de la Reconquista y se ensambla a la perfección con otro de los grandes mitos medievales producto de otra gran manipulación ideológica –la Cruzada–. La así llamada «Cruzada de liberación» se plantea como una reconquista militar, ideológica y religiosa; y sobre ella se sustentará la justificación y legitimación de la más horrible represión llevada a cabo en la historia de nuestro país.

Y, en este año de celebración del *Xacobeo 2010*, no puedo pasar por alto la referencia a otro mito, íntimamente asociado al de la Reconquista, y cuya capacidad de movilización social, aunque con fluctuaciones, se ha mantenido hasta nuestros días. El mito de Santiago, como conjunción de una serie de mitos que se generan de un tronco común, ha mantenido y sigue manteniendo una enorme proyección social, económica, religiosa, cultural y mental trascendiendo fuera de las fronteras peninsulares hasta convertirse durante toda la Edad Media en una de las grandes peregrina-

naciones europeas compitiendo con las de Roma y Jerusalén. Estamos ante un hecho del todo improbable, y en todo caso de imposible verificación histórica, pero que ha sido capaz de impactar la sensibilidad de cientos de miles de personas que emprenden «el Camino» en una especie de rito de iniciación a través del cual muchas personas buscan una experiencia casi mística. Un mito, por cierto, celosamente guardado por las autoridades eclesiásticas involucradas en él y en cuyo desarrollo y mantenimiento ya desde su primera formación han estado siempre muy presentes motivaciones de orden político, económico y financiero.

En nuestros días asistimos a la pervivencia o a la creación *ex novo* de interpretaciones distorsionadas con efectos de diversa naturaleza. Mi atención se centrará en primer lugar, por el interés que representa para nosotros, castellano-leoneses, en el largo proceso de mitificación y debate histórico sobre el movimiento Comunero de Castilla. Es particularmente

interesante porque en él podemos percibir, más que en otros, la presencia de la pura mitificación ideológica cabalgando al lado de intentos rigurosos de interpretación científica del movimiento³.

El proceso de mitificación se inicia ya a principios del XIX en el marco social y político establecido por las Cortes de Cádiz y seguidamente por los enfrentamientos continuos entre absolutistas y liberales. Son estos últimos los que, sobre un somero conocimiento de los sucesos más relevantes del periodo 1520-1521 y en plena floración de la historiografía romántica, adoptan la guerra de las Comunidades y a sus dirigentes como símbolos de la lucha

3 Remito al estudio de José Antonio MARAVALL, *Las Comunidades de Castilla*, Madrid 1979; en la misma línea, Joseph PÉREZ, *La revolución de las Comunidades de Castilla (1520-1521)*, Madrid 1977; Stephen HALICZER, *Los Comuneros de Castilla. La forja de una revolución (1475-1521)*, Valladolid 1987; este autor se aparta de la línea explicativa de los anteriores para incidir en los cambios operados en la sociedad del siglo XV que ponen en peligro el *status* socio-político de la oligarquía urbana castellana.

por las libertades políticas. A esta mitificación se enfrentará la mitificación inversa –los comuneros serían *castellanos rígidos que defendían la política tradicional y nacional contra la innovadora y europea de Carlos V*–; es obra de algunos representantes de la Generación del 98, sobre todo del político y escritor Ángel Ganivet en su *Idearium español*. Salvo el paréntesis interpretativo de Manuel Azaña en los años treinta –que pasó casi desapercibido cuando España se precipitaba en el abismo de la Guerra Civil– la interpretación de Ganivet pervivirá entre el sector intelectual prácticamente hasta la década de los cincuenta. Es en esta década cuando José Antonio Maravall emprendió una revisión científicamente más consistente basándose sobre todo en el análisis de los textos comuneros que hasta esos momentos nadie, salvo Azaña, se había permitido consultar. Para Maravall «La guerra de las Comunidades» sería la primera revolución moderna desde el momento en que la Junta comunera se atribuye la función de

organismo representativo de todo el reino; lo que, evidentemente, supone el enfrentamiento político-ideológico con el rey, con los órganos institucionales y con los ideólogos de la monarquía centralizada.

El punto débil de esta interpretación está, desde mi apreciación de medievalista, en que en una situación de enfrentamiento político y militar los textos son altamente susceptibles de contaminación por el propósito propagandístico de su contenido y por la necesidad de legitimación del movimiento. Es decir, que los propios textos pueden ser objetos manipulados en su origen. Para una interpretación más objetiva habrá que interpretarlos no sólo en su sentido literal, sino a la luz de las actuaciones de los protagonistas y de sus antecesores, es decir, de los grupos oligárquicos urbanos, a lo largo de los siglos XIV y XV; en este periodo es difícil percibir por parte de estos grupos cualquier asomo de actuación que encaje en los objetivos que Maravall les atribuye a principios del siglo XVI. ¿Es posible que un

movimiento tan poderoso como el que Maravall defiende no haya tenido manifestaciones apreciables en la etapa inmediatamente anterior? Por otra parte, tampoco es fácil entender que un movimiento de la consistencia política y social defendida por Maravall pueda ser desmantelado en una sola batalla.

Pero por debajo de la seriedad con que los historiadores tratan de interpretar el movimiento, la mitificación romántica persiste en abundantes sectores de la sociedad. Tan poderosa que es en esta mitificación donde encontramos una de las razones que explican el enorme y prolongado esfuerzo de análisis científico. Y la persistencia del mito se manifestará en el ámbito político con la institucionalización de la fiesta de la Comunidad en el aniversario de la batalla de Villalar y que se produce paralelamente a la proclamación popular como héroes democráticos de los dirigentes de la revuelta.

¿Seguimos con manipulaciones históricas? En el año 1988 se celebró con grandes

fastos en los territorios catalanes el «milenario de Cataluña». Fue una conmemoración promovida por Esquerra Republicana de Catalunya, pero con el apoyo unánime de todos los grupos representados en el Parlament; una celebración cargada de simbolismo e ideología al celebrar los mil años de la supuesta existencia política de la nación catalana. Algunos historiadores apoyaron la iniciativa del Parlament; es el caso F. Udina i Martorell, J. M. Font Rius, M. Mundó, M. Riu y J. Vernet en un Informe oficial publicado por la Comisión del Milenario, organismo dependiente de la Generalitat⁴. Otros guardaron en silencio su completo rechazo a la que consideraban distorsionada utilización de categorías como realidad catalana, independencia, soberanía, categorías todas ellas anacrónicas en el contexto socio-político del feudalismo. Algunas voces se hicieron oír:

4 Todos estos firmantes eran miembros de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona, institución fuertemente vinculada a la Generalitat institucional y financieramente.

«Cataluña –escribió Jaume Sobrequés i Callicó– no existía en el momento de producirse el cambio de milenio: no había ni un poder político unificado, ni un territorio estable y bien definido, ni una conciencia de los habitantes de los diversos condados de pertenecer a una misma comunidad, ni, por consiguiente, una voluntad colectiva nítida, ni difuminada tampoco, de querer vivir juntos bajo una misma organización social y política»⁵.

Afirmaciones tajantes que venían a negar la esencia de la celebración, si bien matizaba rozando la contradicción, que los «diputados catalanes no han actuado... de una manera ligera, ni absurda, ni arbitraria» porque existen signos que constituyen, el «arranque del proceso de construcción de un futuro estado soberano».

Mayor impacto, quizás, en los organismos oficiales produjo la opinión de Josep Maria Salrach debido a sus posiciones nítidas de izquierda, a sus profundas y razonadas convicciones nacionalistas ajenas a

5 *Cuenta y razón*, nº 36, 1988.

la mitificación y a su autoridad científica ganada a pulso por el rigor con que venía abordando y arrojando nueva luz en sus investigaciones sobre la alta Edad Media de Cataluña. Esta opinión la hizo pública en uno de los artículos más ponderados científicamente de cuantos se escribieron sobre el tema:

«No estoy seguro –escribía– que [el concepto de *independencia*] pueda utilizarse sin reparos para un territorio feudal o prefeudal... Hablar de Cataluña para referirse al siglo x es también problemático [porque] aún faltaba mucho para que los de fuera y los de dentro percibieran, sin duda, un espacio catalán».

Y concluía que,

«sin negar la existencia de unas raíces milenarias de Cataluña... singularizar el año 988 es desvirtuar la realidad mucho más compleja de un proceso»⁶.

6 «Las raíces de los condados catalanes», publicado en el diario *El País*, el día 13 de enero de 1988.

Años después el propio autor narrará las fuertes presiones a que fue sometido incluso por miembros de la Administración catalana para forzar su pleno alineamiento con las posiciones oficiales y en el mismo sentido de las mantenidas por los autores del «Informe»; lo que revela cómo desde la acción política se puede perder la noción entre lo conveniente políticamente y lo riguroso históricamente en una situación dada y para un grupo político determinado; en definitiva, la falta de escrúpulos con que se somete la Historia a la manipulación y con que se trata de forzar opiniones molestas⁷.

Más recientemente aún, hemos tenido que asistir desde una estupefacta perplejidad a la más tosca de las manipulaciones históricas actuales: «El pueblo vasco

7 Para una narración sucinta de las presiones recibidas y al mismo tiempo una defensa ferviente de la ética científica puede leerse su artículo, «Té la recerca històrica uns límits ètics? Notes i records d'història, ètica i política», en Marició Janué (ed.), *Pensar històricament. Ètica, ensenyament i usos de la història*, Valencia (PUV), 2009.

existe como pueblo, con una identidad propia, desde los albores de la historia». No es el discurso exaltado de un orador ante el calor de un público enfervorizado; son palabras literales del texto de un proyecto político defendido ante un parlamento autonómico y, posteriormente, ante el parlamento de la nación. En el fondo de la desmesura de estas palabras queda la pregunta inquietante de hasta qué punto es posible, incluso desde el respeto al principio de presunción de inocencia, aceptar que los redactores y defensores de este texto hayan actuado honestamente desde el convencimiento ideológico; o si, por el contrario, consideraron que la consciente falsificación de la historia estaba justificada por la defensa de la supuesta identidad vasca. Si se acepta la primera versión, habrá que aceptar una estremecedora ignorancia; si la segunda, una irresponsable manipulación. Quien levantó la voz fue un político, José Ramón Recalde, en un gesto que le ennoblece humana e intelectualmente. Su artículo «Los albores de la

historia», publicado en el diario *El País*, denuncia, entre otros aspectos, la contradicción existente en el texto del proyecto: «el derecho del pueblo vasco a decidir futuro», ¿en qué se principio se basa?; ¿en *una identidad propia desde los albores de la historia*, o, como se afirma también en el texto, *es un derecho democrático irrenunciable?*⁸. Qué duda cabe de que el texto pasará a la historia política como un paradigma de la irresponsabilidad de algunos dirigentes políticos cara a una sociedad que tiene el derecho a un conocimiento riguroso de su historia particular.

Una manipulación de estas dimensiones puede crear objetivos altamente atractivos, particularmente para jóvenes con serias deficiencias formativas y, consiguientemente, con escasa capacidad crítica; lo que encierra un peligro social gravísimo ya que en este contexto se puede producir

8 El artículo fue publicado en el diario *El País* el 12 de noviembre de 2003; diez meses después el autor fue víctima de un gravísimo atentado de ETA.

una espiral de casi imposible solución: las falsas ideologías llegan a obturar más aún la capacidad crítica de las mentes, creándose un caldo de cultivo para el desarrollo en cadena de ideologías disformes que enmarañan cada vez más la comprensión racional de los procesos y conducen a la aceptación indiscriminada de dogmas intocables e impermeables al análisis crítico. Estamos en las puertas de la acción violenta, indiscriminada, en defensa del mito.

Pero la manipulación no se limita a la defensa de la identidad del regionalismo o del nacionalismo autonómico. Quizás más peligrosa, por la amplitud de la proyección social y por la defensa a ultranza de valores ya caducados y reaccionarios ha sido la sistemática manipulación de un nacionalismo español exclusivista. Sólo un botón de muestra. En el año 1989 la iglesia española, con el cardenal de Toledo al frente, organizan la conmemoración del XIV centenario del III Concilio de Toledo. No es la primera conmemoración de este evento. Un siglo antes ya se había producido la

misma mirada retrospectiva hacia los orígenes. Pero el fondo ideológico de ambas celebraciones es el mismo, y las circunstancias que condicionan ambas celebraciones mantienen rasgos muy similares. En ambas late la defensa del catolicismo como signo de identidad de la nación española, lo que lleva a considerar al Concilio III de Toledo como el acto fundacional de la nación. La conmemoración del mil ochocientos se realizaba en un ambiente de inquietud ante el avance del liberalismo condenado formalmente por Pío IX en su encíclica *Quanta cura* y que en España había conducido a los breves periodos en que los liberales estuvieron en el poder y a la implantación de la Primera República. El estado laico defendido por el liberalismo era un torpedo en la línea de flotación del poder de la Iglesia y establecía la absoluta incompatibilidad con el estado confesional católico y, por tanto, con las esencias de la nación española. De ahí que los ojos de la Iglesia y con ella de los sectores más reaccionarios de la sociedad

se volviesen hacia el Concilio de Toledo del 589 en el que, según ellos, se había producido la proclamación del estado católico por Recaredo. No eran muy distintas las circunstancias un siglo después. El acceso a un sistema democrático con el eje fundamental de la Constitución de 1978, la llegada al poder del Partido socialista y el avance de una mentalidad laica reforzó en el seno de la jerarquía eclesiástica las posiciones del sector más recalcitrante para el que sólo se abría un camino de salvación: replegarse a posiciones cerradas a todo progreso, incluso contra el espíritu proclamado en el Concilio Vaticano II; y, lo mismo que un siglo antes, volvieron los ojos a los acontecimientos ocurridos en Toledo catorce siglos atrás. Entro otros fastos conmemorativos se convocó un congreso de historiadores que ofreció una imagen más aséptica de la conmemoración. Pero el espíritu del congreso fue explicitado por el entonces Cardenal de Toledo, Marcelo González:

«en el presente año concurren centenariamente dos nobles causas dignas de ser recor-

dadas: los orígenes de España como nación y la forma confesional del estado... Entonces, sencillamente, nacía España. Solamente en el III Concilio de Toledo España adquiere plena conciencia de su unidad, su soberanía y su independencia»⁹.

No he hecho más que presentar un pequeño muestrario de ciertas ideologías que encajarían con la conocida definición de ideología planteada por Mannheim como «falsa conciencia». Pero, por absurdas e irracionales que algunas se presenten, pueden llegar a tener, paradójicamente, potencia suficiente para falsear en profundidad la interpretación de los procesos históricos, incluso los hechos singulares, y

9 *Concilio III de Toledo XIV Centenario 589-1989*, Toledo, 1991, 137-140 y 79-95. Las citas están tomadas del trabajo de Pablo C. DÍAZ MARTÍNEZ, «Los godos como epopeya y la construcción de identidades en la historiografía española», *Anales de Historia Antigua, Medieval y Moderna*, vol. 40, 2008, p. 40 de la reproducción digital. Se trata de una síntesis interpretativa realizada con enorme rigor y agudeza de la evolución de la ideología identitaria española desde la alta Edad Media hasta nuestros días.

condicionar severamente el rumbo del discurrir histórico introduciendo nuevas dinámicas en el conjunto social y en sus transformaciones.

Pero en la base del problema, es preciso insistir en ello, está el fracaso de los sistemas de información veraz que conlleva el embotamiento de la capacidad crítica de la sociedad. Y esto es más preocupante que la propia distorsión interpretativa ya que ésta es detectable al menos por el experto y, en los casos menos sofisticados o más burdos, también por el profano instruido.

A la vista de estos riesgos ¿quién dijo que la Historia era una ciencia carente de relevancia? Estas apreciaciones son un nuevo motivo para reflexionar sobre la trascendencia de la ciencia histórica y sobre el alcance del oficio de historiador en la sociedad. Porque sólo desde el conocimiento científico de la Historia se pueden desactivar las discordancias sociales que generan las falsas ideologías. Lo que da la medida del aspecto formativo fundamental

de la Historia de cara a nuestros alumnos y de cara a la más amplia vertiente socio-política del conjunto de la sociedad en la que el historiador, por su conocimiento del pasado, debe sentirse especialmente involucrado.

Desde su cátedra el historiador no es solamente un docente y un investigador de la disciplina en su sentido más estricto y limitado; debe ser también un moldeador de intelectuales al incentivar las potencialidades individuales de sus alumnos. En este punto, la reflexión que conduce a una comprensión profunda de la Historia es la mejor de las vías para la construcción de una sociedad tanto más progresista cuanto más desarrollada intelectual y culturalmente.

Y no debemos cansarnos de enfatizar la necesidad del historiador de superar la historia narrativa o la historia encapsulada en especialidades cerradas cronológicamente, porque estas limitaciones son como ceniza en el fuego de una inteligencia capaz de acceder a la comprensión e inter-

pretación de los comportamientos sociales. La organización académica nos obliga a centrarnos en una historia por épocas, en unos aconteceres encajados en límites cronológicos precisos. Pero eso no debe ser obstáculo para desvelar ante los alumnos la racionalidad subyacente al acontecer de la etapa estudiada. Y las rigideces académicas tampoco deben limitar nuestra capacidad para proyectar hacia periodos más amplios la racionalidad histórica que subyace a la etapa objeto directo de nuestra investigación y de nuestra docencia.

La comprensión de esta racionalidad es la que hará que nuestros alumnos salgan de las aulas capacitados para asumir el papel de catalizadores del progreso e incentivos del avance social hacia nuevos objetivos y nuevos logros desde el medio en que desarrollen posteriormente su actividad profesional. Siempre insertos en la sociedad, pero siempre desde su capacidad individual para la toma de decisiones responsables.

Es un tema, por otra parte, vital porque en él está comprometido el conjunto de la sociedad que debe contar con excelentes profesionales y con dirigentes responsables. Para estos últimos, la formación histórica adquirida en las aulas o en el trabajo individual debería ser absolutamente imprescindible. La Historia no nos permite conocer el futuro; pero, al posibilitar la comprensión de la racionalidad con que se producen los comportamientos sociales en el pasado, pone en las manos de nuestros dirigentes el utillaje mental para interpretar el sentido de las tendencias de la sociedad presente. Un utillaje cuya ausencia se echa de menos con frecuencia y que puede derivar en actuaciones contradictorias o, al menos, poco ajustadas a las líneas de avance de la sociedad y, por ello, generar desconcierto en amplios estratos sociales. En este sentido no es anecdótico el hecho detectado por los sociólogos del desencanto con que los ciudadanos, sobre todo los jóvenes, encaran en la actualidad la

política y a los políticos genéricamente considerados.

Una experiencia apasionante fue para mí enfrentarme al estudio de la obra del rey Alfonso VI que reinó en la segunda mitad del siglo XI. Al analizar sus actuaciones llegué a comprender que la enorme trascendencia histórica de muchas de ellas, innovadoras, cuando no rompedoras para su tiempo, no respondían a decisiones tomadas en la soledad de la cúspide del poder y atentas a sus intereses personales y de la nobleza en la que debía apoyarse para el control del reino. No; la excepcional inteligencia política de este rey se mostraba en dos vertientes: en una finísima capacidad para percibir el sentido de las dinámicas profundas que impulsaban el avance de la sociedad, algunas de las cuales habían comenzado a fraguarse bastantes décadas atrás; y, como complemento indispensable, su capacidad resolutive para tomar las decisiones adecuadas que impulsasen con más fuerza esas corrientes. El rey no era propiamente un creador;

el rey era un impulsor. La inmersión de las decisiones políticas del rey en el oleaje de las tendencias profundas de la sociedad es lo que define la personalidad política de este monarca; es lo que define al hombre de estado de todas las épocas; es a lo que debería aspirar todo aquel que pretenda acceder a la gestión de la cosa pública.

Pero los objetos inmediatos del historiador y profesor universitario son sus alumnos en una acción formativa que debe trascender la mera información o el simple aprendizaje de hechos puntuales. Esta labor formativa no es exclusiva del profesorado universitario. La implantación de una falsa ideología es mucho más efectiva en la etapa infantil y en la adolescencia porque debido a la inmadurez intelectual propia de estas edades la vulnerabilidad es máxima. Pero no ha sido éste mi campo de acción profesional, ni es este el lugar más adecuado para plantear estos problemas. Por lo que debo centrarme en el ámbito objeto directo de mi actividad como

formador de jóvenes universitarios a través del estudio de la Historia.

Un primer problema que se plantea al profesor universitario –y me refiero concretamente a la disciplina de la Historia– es el número inadecuado de alumnos; inadecuado, por su número, también por la excesiva diversidad de sus capacidades intelectuales. Me explico. El fenómeno de la amplia apertura de la Universidad a todos los sectores de la sociedad es, qué duda cabe, el mejor índice y la más esperanzadora manifestación de la igualdad social. Pero la igualdad social no debe confundirse con uniformidad. Igualdad hace referencia a una igualdad de oportunidades para que todo individuo pueda recibir la mejor formación de acuerdo con sus aptitudes naturales y para que pueda desarrollarlas en máximo grado como profesional. De ahí que la auténtica igualdad sólo podrá ser una realidad cuando se hayan superado los prejuicios mentales de una sociedad que sigue considerando la formación universitaria como la forma más elevada –ca-

si la única— de realización personal y profesional. Ello quiere decir que los sistemas educativos deberán contemplar como un elemento clave de la formación humana unos procedimientos de selección que deben operar con total independencia del nivel económico, de la pertenencia a un determinado ambiente cultural o profesional o, con mucha más razón, de los objetivos fijados en el núcleo familiar para alguno de sus miembros, pero que en ocasiones se asignan sin suficiente atención a las aptitudes naturales del individuo. El abrir las aulas universitarias a alumnos cuyas aptitudes no son las más adecuadas para el trabajo específicamente intelectual pero que les permitirían rendir satisfactoriamente en otros campos de actividad, ni es signo de igualdad, ni es positivo para el futuro del individuo, ni puede justificarse apelando a la democratización de la cultura. Los perjuicios de una inadecuada selección redundarán necesariamente en graves traumas interiores para los propios individuos que, debido a las deficiencias de

orientación, se ven encaminados al fracaso académico o a un desarrollo profesional que nunca llegará a ser satisfactorio para el individuo, ni eficaz para la sociedad. La insatisfacción y la frustración consecuencias del sentimiento de fracaso son hijos naturales de esa engañosa identificación entre plenitud de la formación humana y estudios universitarios.

Un segundo problema actual es el de los sistemas de formación que comienzan a implantarse en las especialidades de Historia. Resulta difícil abordar estos temas en un momento como el actual en el que los cambios que se están operando están sujetos a polémica. Pero creo que es positivo plantear, aunque sea de manera muy sucinta, lo que muchos consideramos un ideal de la acción formativa en la Universidad. Y recurro para ello a una etapa ya pasada en la que, al menos en los estudios a los que me estoy refiriendo y en cuya enseñanza he acumulado una larga experiencia, existían condiciones formativas muy favorables. En concreto, la posibilidad de

una cierta especialización temática durante la Licenciatura, lo que reducía sensiblemente el número de alumnos por especialidad y facilitaba una óptima *ratio* alumnos-profesor. Había tiempo para la lectura reposada, reflexiva, para la conversación pausada en la que con facilidad se pasaba de la simple consulta al debate de ideas. Había tiempo para la crítica de las teorías con las que el alumno se topaban en sus lecturas; y era la ocasión para un ejercicio de análisis depurador entre propuestas en las que se percibía solidez intelectual, siempre atendiendo al marco ideológico de sus autores, y aquellas otras que, a pesar de una posible y ocasional brillantez, no resistían ese análisis. A través de estas prácticas el alumno maduraba intelectualmente, se capacitaba para comprender en profundidad las dinámicas históricas, para integrarse en plenitud en la sociedad actual y para desarrollar una posición crítica que se erigía en dique de contención ante el peligro de desbordamiento de las falsas ideologías.

¿Utopía? ¿Idealización? Probablemente sí. A veces no podemos resistir a la tentación de barnizar el pasado con una pátina de idealidad y de utopía; pero sólo idealizamos aquellos episodios cuyos efectos, transcurrido un tiempo suficiente, seguimos sintiendo como benéficos y cuando nuestra mirada retrospectiva no puede ser más que complaciente y cargada de generosidad.

Cambiaron los tiempos, cambiaron las situaciones, cambiaron los planes de estudio; ¿dos, tres veces? Cambios que se saldaron con una serie de promociones sacrificadas en aras de la experimentación pedagógica. Hasta el Plan Bolonia. Con toda su polémica. No voy a entrar de lleno en ella. Pero quiera o no, no puedo por menos de sentirme involucrado.

No cabe duda de que el Plan Bolonia es un proyecto ambicioso para la formación de ciudadanos europeos capaces de asimilar las peculiaridades nacionales, pero trascendiendo los particularismos estériles. Desde este punto de vista el objetivo de

creación efectiva de un Espacio Europeo de Educación Superior en sí mismo no puede por menos de valorarse como un avance decisivo de la sociedad europea.

Los problemas surgen a partir de ahí. El primero está en la ideología que parece subyacer al proyecto tal como en este momento se está llevando a cabo. La sociedad europea se puede definir, en contraposición con otras sociedades, como la que ha sabido conjugar el progreso económico con el desarrollo sostenido del conocimiento, de la cultura y del estado de bienestar. Pero frente a estos valores, actualmente parecen imponerse valores muy distintos vinculados a lo que algunos autores han denominado la «americanización de Europa». De hecho, el riesgo nada despreciable de provocar en muchos países europeos una recesión duradera y de barrer del mapa el estado de bienestar no ha impedido la implantación por los más fuertes de durísimas exigencias de reducción del endeudamiento como vía de superación de la crisis; medidas que han sido

impuestas desde ideologías conservadoras que tienen como pilares fundamentales el darwinismo social –éxito individual de los más fuertes, marginación de los débiles– y el mercantilismo –asociado al triunfo social que se plasma en la riqueza material fuertemente vinculada a las oportunidades y exigencias del mercado¹⁰–.

Es difícil sustraerse a la impresión de que el Plan Bolonia originario ha sido en cierta medida secuestrado por esta ideología y orientado preferentemente a las necesidades de un mercado más atento a los valores del desarrollo material que a las exigencias del conocimiento, lo que repercute negativamente en la atención a las Ciencias Humanas y a los centros que exhiben una trayectoria intelectual interesada de manera particular en el cultivo de estas especialidades.

10 Interesante reflexiones al respecto se encuentran en Sami NAIR, *El Imperio frente a la diversidad del mundo*, Barcelona 2003.

En esta línea se explica la implantación de un sistema de competencia entre las distintas universidades que comporta una ruptura de la igualdad de oportunidades ya que al otorgar una clara prioridad a la producción de tecnología, se discrimina positivamente a universidades enclavadas en núcleos de intensa actividad financiera e industrial que por ello cuentan con un plus de oportunidades y recursos para el desarrollo de sus proyectos. El reverso se sitúa en universidades con una trayectoria histórica especializada en las Humanidades y en el impulso a los valores del conocimiento pero que, debido a su escasa aportación inmediata en tecnología al PIB, están condenadas a una devaluación en los ranking y en la consideración social.

Habría que reflexionar, por otra parte, sobre los procedimientos más concretos, sobre el diseño a pie de obra con el que trata de alcanzarse en las áreas de Historia los objetivos finales de creación del Espacio Europeo de Educación Superior. Tales procedimientos tienen concreciones que

parecen contradecir el objetivo superior explicitado. Entre ellas la estructura cuatrimestral de las asignaturas del Grado, adelgazadas hasta lo increíble en sus contenidos y en el tiempo dedicado a su estudio y con unos controles del rendimiento de los alumnos que no por prolijos parecen más operativos. El resultado puede ser, para la mayoría de los estudiantes, la asimilación de formas de vida y de trabajo con escasa cabida para la reflexión serena, para la crítica razonada y para la preocupación por los valores del conocimiento. Y en lo que se refiere al profesorado, en esta situación se compromete gravemente la asociación entre investigación y docencia, ya que en un sistema docente como este se reduce el tiempo de relación con los alumnos, se excluye la profundización en los temas y se limita severamente las posibilidades de hacer partícipe al alumno de las líneas de investigación en las que se mueve el profesorado.

Ni que decir tiene que este aspecto tiene mucha mayor incidencia en aquellas disci-

plinas en las que la reflexión debe primar sobre la técnica y la experimentación. La naturaleza específica de las especialidades históricas y, por tanto, el aprendizaje de estas ciencias, está en función de su objeto científico. Son ciencias que operan sobre objetivos no presenciales –puesto que estudian el pasado– y tratan de comprender e interpretar la actuación en el tiempo de hombres y grupos humanos sometidos a un número inconmensurable de condicionamientos y de variables. Son ciencias cuya investigación y conclusiones no pueden apuntalarse en la experimentación y comprobación de hipótesis; por el contrario, deben centrarse exclusivamente en la reflexión sobre el pasado como única vía para la validación de tesis que ofrezcan una explicación racional y convincente de ese pasado.

Es cierto que el Master se presenta como una posible solución a estos problemas. Pero su efectividad depende del grado de preparación –léase, de formación– que previamente han adquirido los alumnos en la

etapa anterior. Y es obvio que si esta etapa académica adolece de deficiencias en la formación del futuro historiador, estas condicionarán necesariamente la calidad del Master, que difícilmente podrá alcanzar la excelencia. Con lo que se plantea un nuevo y grave problema: el de la emigración de algunos de los mejores alumnos hacia centros especializados que, estos sí, reunirán a grupos minoritarios muy bien seleccionados por sus aptitudes intelectuales y también por sus recursos económicos. Es decir, nos topamos de nuevo con el darwinismo social, tan americano, y que parece llamado a establecerse como la solución definitiva para alcanzar una formación que permita competir en el mercado a un nivel de excelencia.

Sería necesario adoptar medidas imaginativas de financiación a todas las universidades que vengán exhibiendo trayectorias científicas de calidad, sea en el campo de las ciencias experimentales o en el de las Ciencias Humanas; en este caso, mediante valoraciones con criterios específi-

cos de estas ciencias. Pero, por ahora, es evidente que las directrices de los gobiernos europeos en el aspecto de financiación presentan aspectos que contradicen la realización del objetivo último. La más llamativa contradicción es que, incluso en sus inicios, cuando aún no habían asomado los primeros síntomas de crisis económica, se abordó con el Plan Bolonia la más drástica renovación del sistema de formación universitario realizada en el último siglo manteniendo en el frontispicio del proyecto la consigna de «coste cero». «No será posible –escribe Timothy Garton Ash– alcanzar el objetivo de la *economía del conocimiento*, en ningún lugar de Europa, sin invertir más dinero en la enseñanza superior». Claro que esto exige, en palabras del mismo autor, que «el nivel de financiación pública para la educación superior y de posgrado entre a formar parte del debate general sobre el gasto público»¹¹.

11 «El reto para las universidades europeas», *El País*, martes, 13 de julio de 2010.

Pero dada la marcha de los acontecimientos actuales hay razones objetivas para temer que estas consideraciones no entren en el campo de análisis de la mayoría de nuestros políticos; es más, parece que a los gobiernos europeos no les ha temblado el pulso a la hora de adoptar soluciones que comprometen seriamente el estado de bienestar y la pervivencia, ya muy tocada, de los valores del conocimiento y de la cultura; valores que han sido hasta ahora signos distintivos de nuestra sociedad europea y cuya pérdida sería un proceso prácticamente irreversible.

Aun en el caso de que todos estos problemas llegasen a una solución por efecto de la experiencia acumulada a lo largo de un periodo prolongado de rodaje y con cambios ideológicos en las cúpulas del poder, persiste la sensación inquietante de si no será excesivo el precio que hay que pagar por un éxito demasiado aplazado en el tiempo; porque nos encontraremos con un número de promociones –por pequeño que sea siempre será excesivo– de jóvenes que

se sumarán a otras anteriores entre las sacrificadas a la experimentación y que, privadas de sólidos resortes interiores, sucumbirán sin resistencia a la atracción de una sociedad mercantilizada donde la riqueza material llegue a convertirse en la medida suprema del éxito individual y el factor decisivo en la toma de decisiones.

Pero también en este aspecto, la Historia, el conocimiento del pasado, nos permite proponer una última reflexión; ésta, de carácter positivo. Es preciso recordar que la Universidad, desde su aparición en Europa, allá por los años 1100-1200, ha pasado por crisis quizás más profundas; y siempre ha renacido. Cabe por eso pensar con ilusión que la Universidad, históricamente punto de encuentro y bisagra sintetizadora de las distintas modalidades de investigación y producción científica y cultural, sea capaz de superar todos los obstáculos y reasumir, renovado, su histórico papel de *alma mater* del pensamiento y de la cultura.

ESTA *LECCIÓN INAUGURAL* SE ACABÓ DE REDACTAR
EL 3 DE SEPTIEMBRE DE 2010
DÍA DE SAN GREGORIO MAGNO

